

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 210

Sevilla—Viernes 12 de Septiembre de 1902

AÑO XXVI

La eterna disputa

Dos negociaciones se van a llevar paralelamente para la solución, mejor compás de espera, del problema religioso: una en Madrid, entregada a una comisión mixta, aún no indicada, pero que presidirá el primado cardinal arzobispo de Toledo; que afectará al número de diócesis, dotación del clero alto y bajo y algún punto más relacionado con la organización interior.

¿Por qué se llama comisión mixta? Va a componerse de negociadores españoles y de representantes del Vaticano venidos de Roma. En este caso ofrecemos al Vaticano mayor dejadez de soberanía y nos entregamos a su potestad, reconociendo un derecho que no tiene y proclamando una manera de cosoberanía que el pueblo rechazará indignado.

La comisión mixta ¿se va a constituir con representantes del episcopado o del clero nombrados por Roma, pero españoles? También esto acusa sumisión. ¿Se va a formar por eclesiásticos o seculares, nombrados por la Iglesia unos y por el Gobierno otros? En este caso, el Gobierno comete la torpeza de admitir un Estado dentro de otro Estado, reconociendo a la Iglesia facultades de tratar con el poder público de igual a igual; y todo esto será muy bueno para dar ciertas satisfacciones a elevadas influencias, pero implica una violación constitucional y una vergüenza para la opinión pública; que se verá precisada a acatar un poder extraño y ruinoso.

Así comienza la formación de los nubados que se deshacen en resacas revolucionarias.

Si el Gobierno va a ser el componedor de los elementos de esa comisión mixta: es ridículo que divida los intereses y que establezca de hecho un verdadero dualismo entre los elementos religiosos y la potestad civil, a menos que no sea una mixtificación, un engaño y una falsía para entregarse impunemente y luego decirle al país:—Yo no he hecho eso, ha sido la comisión mixta—porque a su formación no llamará a los elementos liberales ni a las asociaciones, juntas, corporaciones e instituciones no católicas, sino que seguramente utilizará los servicios de clérigos de un lado y de laicos de otro, tan sospechosos para la opinión liberal como los Pidal, los Vadillo, los Azcárraga y demás neos que, antes que españoles, son católicos, y antes que ciudadanos de una nación, son siervos de Dios, de su Iglesia y del Vaticano, su representante en la tierra como ellos dicen.

A éstos, como al Gobierno, la Patria y el Estado español les importan un comino; lo que procuran es tener contento al Papa romano y satisfacer a sus augustos protectores, a la vez que mansas ovejas.

Esta es la eterna disputa, el nudo gordiano de nuestra redención, el encierro a piedra y lodo de nuestros derechos, que seguirán a merced de los tiranos hipócritas modernos mientras andemos con componendas y aceptemos soluciones de armonía con quien no quiere más que dinero y dominación. Hay que cortar el nudo si hemos de salvarnos y dejarnos de disputas.

A. A.

Nota del día

Es muy posible que a la hora en que lleguen a mis lectores estas líneas, dos periodistas sevillanos hayan resuelto a tiros o a estocadas dos delitos, en los que ambos están incurso.

El escribir para el público es el primer delito: como el periodista no puede satisfacer la curiosidad de cada uno de sus lectores diciéndole al oído la verdad, tiene que hacer un acto.

El segundo delito es el equivocado concepto que se tiene de la caballerosidad y de la valentía: parece como que es necesario, para tenerlas, pasarlas por el crisol de la habilidad o de la muerte.

Nadie diga en este mundo de este agua no beberé, que por sucia que la vea... lo pueden comprometer.

Y a este punto es donde yo quería venir a parar.

Ninguno de los dos periodistas se han infamado en aquella parte que a los hombres nos duele más... porque no es infamarse decir cuatro frases gordas en un momento de irreflexión o aclaramiento.

Ninguno de los dos, peto a peto, se han echado al rostro frases mortificantes, de esas que, cuando se leen escritas, se comienza por buscar la razón que tengan, pero que cuando se arrojan al rostro suenan a bofetadas.

Ninguno de los dos... ¿pero a qué seguir? ¡Si esto es lo de siempre!

La nonada que va tomando cuerpo, impelida por el viento de la curiosidad y del amor propio herido, y llega hasta poner enfrente a dos hombres honrados, útiles a la sociedad y a la familia.

Pero desentraña usted... y no encuentra nada.

El principio de la cuestión brotó de la pezuña de un buey con epizootia, y el final... ¡vaya usted a saber!

¡Malo, pero malo de verdad se va poniendo este oficio!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

¿Que qué le pasa a nuestro amado rey?

¿Que se yo!

Desde que lo tiene secuestrado la prensa de gran circulación no sabemos una palabra de él.

Se dice, porque así la *Gaceta* lo asegura, que sigue sin novedad en su importante salud.

Esto es un consuelo para los pueblos apedreados por la cólera, o por los fenómenos celestes.

Ellos han perdido las cosechas, pero tienen la satisfacción de saber que las instituciones monárquicas y religiosas rebosan de salud.

Romero Robledo parte hacia el Romeral, su hermosa finca.

Ha dicho a los que le han preguntado acerca de su actitud, que, por ahora, nada tiene decidido.

Se irá con pies de plomo antes de soltar prendas.

Cuando no tenía ningún recuerdo regio, las consideraciones estaban de más.

Pero como ahora está considerado como de los elegidos, habrá de esperar a que los sucesos se desarrollen.

Si lo llaman... bien.

Y si no lo llaman... él seguirá en sus trece.

Tan monárquico y tan Romero Robledo como antes.

AVISO IMPORTANTE.—Los señores ganaderos que tengan reses enfermas y no se atrevan a presentarla en el Mercado, pueden hacerlo en la seguridad que no tendrán que luchar con grandes obstáculos.

El *Noticiero* de hoy hace algunas indicaciones oportunas por medio de preguntas muy sutiles y significativas, y ellas nos han dado la clave del negocio.

¡Adentro, adentro las reses tísicas, con ictericia, con epizootia, con cólera morbo vacuno y con sarampión!

Ya comienzan las protestas de los críticos taurinos pidiendo que no toreen nuestras mujeres en circo. Tarde acuden los señores con lamentos y quejidos, que la pobre *Manolita*, sobre lecho blanco y limpio, sufre con gran entereza de la tardanza el motivo. Estimo yo que las leyes no tienen ningún artículo que a las mujeres prohíba ejercer esos oficios, y no debe coartarse su voluntad... Asimismo deben los Gobiernos todos consignarlo muy claro. En eso yo las defiendo, y eso que no las admiro.

¡Que no vaya el pueblo a verlas y todo habrá concluido!

Siempre que veo la sección comercial en los periódicos de provincias, que son los únicos que se ocupan en el movimiento de comprar y

vender, y en lo que afecta a la vida de la nación, noto en ella una deficiencia que se refiere, por cierto, a un asunto interesante.

Se publican los precios de los aceites, de los cereales, de las carnes, de los metales, de todo aquello, en fin, que interesa a la mayoría de los súbditos de Alfonso trece.

¿Y por qué—me pregunto—no se publican también las tarifas de la Iglesia, con la que tenemos tanto contacto, que nos coge al nacer y nos cobra, y nos coge al morir y nos deja fritos?

Por ejemplo: hay en la vida ciertas situaciones en que el hombre y la mujer no saben qué hacerse, unas veces porque el sentido moral no lo explica, y otras porque la sociedad les niega su concurso.

Para todo esto, para todas las aberraciones de la naturaleza hay medicina en la botica del catolicismo, y si muchos no van a comprarla, es porque ignoran el precio que se les señala en la tarifa.

Los asuntos que dan más que pensar son los casamientos entre parientes: los primos con las primas, etc., etc.

Así, pues, junto a los precios de los cereales debería de ponerse la siguiente

TARIFA

mediante la cual consiente la Iglesia Católica apostólica romana que contraigan matrimonio todas aquellas personas que quieran:

Grados menores. Cuarto grado de parentesco. Con causa, 211 reales. Sin causa, 326 reales.

Con absolución de pecado contra el sexto, sabiendo el impedimento, 827. Con absolución, ignorando, 774.

Cuarto grado duplicado. Con causa, 363; sin causa, 3,222.

Cuarto grado triplicado. Sin causa, 3,692. Cuadruplicado, 6,303.

Cuarto grado complicado por ocho motivos, 12,437.

Grado tres veces tercero con cuarto, por una parte contrayente, y cuatro veces cuarto por la otra, 10,179.

Tercer grado duplicado, sin causa, 17,377 reales; y si se complica hasta cuatro veces, reales 22,805.

Segundo grado con tercero complicado tres veces, 33,344.

Segundo grado con tercero complicado cuatro veces, 44,421.

El segundo grado con tercero complicado cuatro veces viene a ser casi hermano con hermana.

La Iglesia no se asusta de nada, ni lo impide. Lo que quiere es cobrarlo.

Así lo manda Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, quienes, aunque parezcan tres, no son más que el Vaticano que cobra y el cura que comete el crimen por un jornal.

El Ayuntamiento de Valencia, reunido en sesión solemne con la Junta de Asociados, ha aprobado los presupuestos de aquel municipio para el año próximo.

En dichos presupuestos se han suprimido todas las subvenciones para fiestas religiosas, cumpliéndose de ese modo el programa del partido republicano de Valencia, que impuso a sus concejales (mayoría en aquel Ayuntamiento) esa obligación.

Entre las discusiones sostenidas por los caracundas de la minoría monárquica hay pormenores muy graciosos.

El Ayuntamiento de Valencia tiene la obligación, por censo tradicional que pesa sobre él, de mantener unas monjitas que se titulan de San Gregorio, cuyas monjitas—según las propias frases de uno de sus defensores en aquel municipio—salen del convento por encontrar algunas muy buenas proporciones.

Lo que se les venía asignando para mantenimiento sumaba, salvo error, 18,000 pesetas.

Los concejales republicanos (la mayoría) ajustaron la cuenta por cabeza de monja, y después de asignarla a cada una—a cada cabeza—1'50, más la propina para la organista, estipularon la carga en 8,000 pesetas sin descuento.

El defensor de las monjitas, un señor que se llama Guillen Engo, disertó en defensa de que se les diera más, porque—decía—tenemos obligación de costearlas el culto y demás instrumentos necesarios para la vida conventual, «tales como cura, sacristán, demandadero, dentista, sangrador,» etc. (Son sus palabras.)

La mayoría del Ayuntamiento de Valencia optó porque las monjas, si quieren instrumentos, se los costeen de su bolsillo particular o se los pidan a Dios en sus oraciones.

El Ayuntamiento de Avila ha acordado rotular dos de sus calles con los nombres de Sagasta e Inclán.

El Ayuntamiento de Avila se parece al de Valencia.

Lo mismo que un huevo a una castaña.

Literatura Carlos del Río, marca extra:

«Delante del príncipe avanzan dos guías a pie, y el regente, con su gracioso sombrero bávaro, de ala arremangada, camina reposadamente sobre su caballo, que aparece cubierto desde la cabeza al rabo por una ligera manta festoneada de borlas.»

Eso es: el rabo del caballo y la cola del ratón. Pepe: Pepe Nogales, ¡corrige a ese muchacho, hombre!

Como lo dejes correr, le pone mitras a las becailas.

Agasajos a nuestros aliados los franceses:

«Los periódicos franceses se muestran algo amoscados por lo sucedido con los comandantes de los buques de guerra franceses que estaban en Bilbao. Después de haberles invitado al *Te Deum* se les dejó sin coche, teniendo que volver a Bilbao y regresar al buque a pie y con una lluvia torrencial. Recuerdan que algo parecido sucedió en 1896 en San Sebastián con el general Cornard, que mandaba el acorazado *Ocean*.»

¿No quieren aliarse? Pues, amigo, hay que sufrir las consecuencias y amoldarse a las costumbres.

CARRASQUILLA.

BARBARIE

Los horribles sucesos del pasado domingo en Barcelona han revelado una vez más la situación de violencia en que se haya hace tiempo la capital de Cataluña.

Unos obreros que se reúnen para elegir una junta de su oficio, y en el acto del escrutinio se permiten bromas que nada tienen de subversivas; un polizonte vulgar que asume la representación de todas las leyes y arresta más de cien hombres por el delito antes consignado; los obreros que se resisten ante el atropello; la guardia civil que acude, llamada por el policía, el matser que entra en escena, como supremo desenlace de todas las protestas populares; la voz de ¡fuego!, y a continuación una cacería de hombres indefensos en las calles, de la que resultan un muerto y gran número de heridos.

Cuando se leen estas cosas se duda de vivir en un país civilizado. Las naciones degradadas en nada demuestran su decadencia como en la falta de respeto a la vida humana. Aquí se mata a un hombre con menos escrúpulos que a un insecto. La fuerza pública no sale a la calle con el propósito de guardar el orden, reservando sus armas únicamente para un caso de agresión: desde el momento que pisa los adoquines lleva el propósito de matar y se juzga deshonrada si se retira con el fusil cargado.

El domingo la guardia civil mató en Barcelona a un joven obrero que se había refugiado, huyendo, en una escalerilla. Desde el momento que huyó, y en su fuga fué a ocultarse en un sitio donde le dieron alcance sus perseguidores, lo natural y propio de un país civilizado donde impera la ley, era prenderle y entregarlo a los tribunales si había cometido algún delito, pues para esto tiene la nación jueces, magistrados y hasta consejos militares en las provincias que viven bajo el régimen militar. Pero los guardias civiles, aleccionados sin duda por las autoridades y siguiendo los ejemplos de Montjuich, todavía impunes, consideran inútiles los preceptos de la ley, creen que la justicia tiene su templo en el cañón del muser, y mataron al fugitivo indefenso, pues hacer otra cosa hubiera equivocado a deshonrarse.

En Francia, en Inglaterra, en todos los países cultos, no ya la policía y la gendarmería, sino las fuerzas del ejército, aguantan en las conmociones populares silbidos, insultos y hasta pedradas, y sólo se deciden a hacer uso de las armas cuando parten disparos de la multitud. No sabemos que por esto esos ejércitos estén deshonrados ni se juzgen inferiores al nuestro. Por lo mismo que disponen de la fuerza y tienen en sus manos el medio de hacer polvo a la multitud, son prudentes y acogen la cólera popular con la ativa frialdad de un león que siente zumbir las moscas en torno de sus poderosas quijadas.

En España, en Turquía y otros países semejantes, la fuerza pública no debe inspirar respeto,

porque representa a la ley, justa y bondadosa al mismo tiempo con el débil: debe infundir miedo porque mata, y basta un grito, una sonrisa, una palabra de indignación, para que los fusiles se bajen apuntando a la multitud y parta la desgarga, último y definitivo argumento de un régimen bárbaro que no necesita simpatías, sino horror para seguir viviendo.

Hace pocos días, al cerrar algunos convenios el gobierno de la República francesa, el fanático populacho de Bretaña, inspirado por los curas, recibió a la fuerza pública encargada de ejecutar la clausura, arrojándola piedras y cubas de materias inmundas extraídas de las alcantarillas. Y las fuerzas, así recibidas, no eran de polizontes ni gendarmes: eran compañías de regimientos de línea y de infantería colonial; soldados del ejército. ¡Qué horror! Ante la posibilidad de que esto pudiera ocurrir en España, temblarían los canos bigotes de muchos sostenedores del orden, y los amantes del principio de autoridad no considerarían a éste limpio de mancha hasta después de fusilar el gato del último vecino de los pueblos en que tal ocurriera. Y, sin embargo, en la República francesa (donde nadie podrá decir que no se ama al ejército, pues este amor constituye una grave enfermedad), las fuerzas del gobierno, en vista de la resistencia de los fanáticos, dejaron quietos sus usiles, y sencillamente: a puñetazos en un pueblo, y en otros valiéndose de mangas de riego, consiguieron hacer entrar en razón a los católicos exaltados.

Entre los dos procedimientos existe la diferencia del resultado. El gobierno que es respetuoso con la vida humana, como el de Francia, vive tranquilo, confiando en su fuerza: el gobierno que mata para seguir en paz, ve turbado su sueño por el recelo del desorden, y cada día necesita cometer nuevos crímenes para seguir subsistiendo, hasta que la ola de sangre, siempre en aumento, llega a su boca.

En el régimen bárbaro, al que vive sometido Barcelona, como si fuese su situación normal, lo que más indigna es ver las manos en que se han depositado las altas prerrogativas de la autoridad. La ley, que en épocas normales está confiada al tacto y la experiencia de los magistrados, encanecidos en el ejercicio del derecho, pasa a ser depósito de cualquier quidam en los países que, por desgracia, se ven sometidos al régimen de fuerza.

Durante años enteros, la infeliz Barcelona no ha conocido otra representación de la ley que el teniente Portas, un necio perverso y sanguinario hasta la estupidez; especie mucho más temible que la de los grandes criminales. Parecía imposible que la ley pudiese descender aun más; pero en España nunca hay límites para el mal y la decadencia, y ahora vemos que un jefe de policía, uno de esos individuos, por lo general sin escrúpulos ni moralidad, que sólo desempeñan el cargo una temporada y procura aprovecharlo explotando el juego, la prostitución y hasta las industrias que conducen a presidio, tiene facultades en Barcelona para ordenar que la fuerza pública fusile a la multitud. Esto solo se ha visto en España.

Ante el régimen de barbarie a que vive sometida Barcelona, ante esos atropellos que se realizan a diario para sostener una situación excepcional, tan grata al gobierno, debemos sentir tristeza como hombres y miedo como españoles.

Se ama a la patria mientras ésta proporciona seguridad y concede respeto al ciudadano; cuando no es más que la representación de la fuerza, del golpe a ciegas, y no busca amor, sino miedo, entonces se la aborrece y se desea su perdición para recobrar la libertad, elemento de vida indispensable.

El gobierno se considerará seguro con estos escarmientos, que no tienen otra virtud que acrecentar el odio; quien no está segura es España, que cada día que pasa ve decrecer el afecto de una de sus mejores regiones.

Los filipinos eran españoles hasta el fanatismo y, sin embargo, llegó un día en que desde la costa aplaudieron el hundimiento de los buques españoles, aclamando el triunfo de la escuadra vengadora de Dewet.

El oprimido, el que vive a perpetuidad privado de la ley y sometido a la fuerza de la barbarie, necesita un vengador y cree verlo en el primero que llega.

Si esta situación anormal continúa mucho tiempo, algún día veremos como gentes que siempre fueron españolas, acogen, con el entusiasmo de la venganza, a la escuadra de cualquier nación poderosa y sin escrúpulos que se presente frente al puerto de Barcelona.

BLASCO IBÁÑEZ.

De lo mismo

Sin que sepamos con qué objeto, continúa la gran prensa parisina *bombardándonos* y preparando a la opinión de su país para no sabemos qué combinaciones. Telegrafía a *Le Figaro* su corresponsal madrileño y dicele: «Las atenciones del Gobierno y funcionarios franceses para con los miembros de la familia real española, durante su permanencia en territorio francés, ha producido agradabilísima impresión en España. La mayoría de los periódicos expresan su *agradecimiento*, al par de sus *deseos*, de ver brevemente unidos ambos países, lo mismo política que comercialmente. También concede la prensa grandísima importancia al nombramiento de Mr. Jules Cambón para embajador de Madrid, recordando los señalados servicios que prestó a España dicho diplomático a la terminación de la guerra con los Estados Unidos.»

Al mismo tiempo, telegrafían también al mismo periódico desde Baziega, donde se halla el cuartel general de las maniobras, que a la llegada del ministro de la guerra, general André, presentaba la villa un hermoso golpe de vista; colgaduras, gallardetes y arcos de triunfo, adornados de trofeos militares, y por *todas partes* las banderas francesas y españolas mezclando sus alegres colores.

El general Brugère organizó un almuerzo en honor al ministro, siendo veintidos los invitados, y presidida la mesa por el general André y el príncipe de Asturias.

La banda del 11.ª de línea tocó durante el almuerzo escogidas piezas de su repertorio, a más de la Marcha Real española y la Marsellesa. Al descorcharse el *champagne*, levantóse el ministro de la guerra y brindó por el rey de España, por la reina María Cristina, por el príncipe de Asturias y por «la noble nación española, cuyos sentimientos nobles y caballerescos son legendarios.» Levantóse a su vez el príncipe, y brindó por el Presidente de la República, por el general André y por «el ejército francés, cuya solidez y bellas cualidades he tenido ocasión de admirar.»

Bien claro se ve, por la importancia que nos conceden, que algo quieren de nosotros nuestros cariñosos vecinos; y que ese algo ha de ser en beneficio de ellos, no admite dudas, cuando tanta tinta y percalina están gastando en nuestra alabanza.

Una duda se nos ocurre: ¿Es que España se halla en condiciones de poder sostener un ejército permanente de trescientos mil ó más hombres, que, a falta de una escuadra, tendría que ofrecer a Francia en caso de una probable alianza?

J. V. DE V.

De actualidad

Romero ha hecho declaraciones. Dice que si Sagasta tiene quebrantada su salud, imperiosamente está necesitado de alejarse del poder.

Lo contrario, retirándose temporalmente y conservando la presidencia del Consejo ó desempeñándola otro interinamente, sería un ataque a la monarquía.

Termina diciendo que si está bueno, procede a la inmediata reunión de Cortes.

De lo contrario, debe abandonar el Gobierno al regreso de la Corte.

En Albacete ha fallecido a causa de un enfriamiento el obispo de Cartagena, que asistía a las fiestas de la confirmación.

Se le trasladará a Murcia.

En París han sido robados de la caja del Banco de Francia 220,000 francos.

Los insurrectos colombianos hallanse a la vista de Panamá.

Los leales apréstanse a la defensa.

En Tamarite ha habido desprendimiento de tierras en la carretera, resultando cuatro obreros muertos.

Ha regresado a Madrid el ministro de la Guerra.

Se ha señalado el 1.º de Octubre para comienzo de la inspección de la enseñanza privada.

En San Sebastián asegúrase que a su regreso la Corte se detendrá tres días en Valladolid.

A Tánger comu ícan de Saffi que ha fallecido el cónsul español D. Alfredo Corrales.

En Barcelona ha tondeado el crucero italia-

no Liguria conduciendo al duque de los Abruzzos.

Las autoridades y colonia italiana preparanle agasajos.

Complimentóle una comisión del Ayuntamiento.

Visitará varios puertos de España.

Del Parque de Artillería de Carabanchel, elevóse el globo libre Marte.

Mandábalo el teniente coronel Vives.

A las diez y media descendió en Guadalajara.

La *Epoca* sostiene que la baja de los cambios débese al anuncio de construcción del sindicato ferroviario amparado por el Banco y el Gobierno para buscarse créditos en el extranjero.

Cuando la demanda decrece, el agio se retira.

Pronto se logrará un tipo menor del 20 por roo, llevando a la práctica las medidas en proyecto.

Dícese que el Gobernador de Sevilla insiste en su dimisión y se ha enviado a la firma el decreto, sustituyéndole Polanco.

El jefe conservador marchó a Málaga.

En su discurso abogará por la inmediata reunión de Cortes.

En Gerona terminó la asamblea farmacéutica con un discurso de Pulido científico y notable.

Después hubo banquete de cincuenta cubiertos: brindis entusiastas.

El Ayuntamiento de Barcelona votó mil pesetas para agasajar al duque de los Abruzzos.

El Alcalde le invitará a dar una conferencia científica sobre su viaje al Polo.

Mequinez.—Restabécese la tranquilidad y pronto visitará la población el Sultán.

Dicen de Ferrol que Gómez Inaz marchará a San Sebastián a complimentar a los reyes.

Zarpó el *Giralda* para practicar ejercicios.

El Juez y el Diablo

CUENTO ALEMÁN

En cierta población de Alemania vivía un hombre llamado Schwarz, poseedor de muchos cofres repletos de oro, plata y joyas preciosas; pero era tan duro con los pobres, tan vicioso, tan malo, que la gente se admiraba de que sobre él no hubiera ya caído el castigo del cielo, abriéndose la tierra para tragarlo.

Este hombre ejercía las funciones de juez, mas deshonraba tan noble cargo cometiendo toda clase de iniquidades é injusticias.

Una mañana salió de su casa para echar un vistazo a unas viñas que poseía, y en el camino se encontró con un caballero muy bien vestido, al cual saludó políticamente por parecerle que lo merecía por el traje, y preguntóle luego que quiénera y de dónde venía.

—Mejor sería—contestó el elegante desconocido—que no contestara a vuestras preguntas.

—¿Cómo que no?—dijo el juez irguiéndose con orgullo.—Yo quiero que respondáis, y es necesario que os determinéis a hacerlo. Soy todopoderoso y nadie se atreve a resistirme. Puedo al instante, si se me antoja, reducir a prisión é imponeros un castigo...

—Si es así—repuso con sonrisa mefistofélica el desconocido—cedo a vuestra curiosidad. ¿Me preguntáis quién soy y de dónde vengo? Pues bien, sabedlo: soy el Diablo y vengo del Infierno.

—¡Hum!—dijo el juez.—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Hoy es día de mercado en vuestra ciudad, y vengo a tomar lo que seriamente y de todo corazón me den.

—Bueno—contestó el Juez—haz tu negocio. No tengo ningún deseo de impedirte. Pero quiero acompañarte para ver lo que te darán.

—Mejor sería que no asistieras a este espectáculo.

—Quiero ver cómo tomas lo que te dan. Lo quiero, aunque me cueste la vida.

—Y bien, vamos!

Los dos se dirigieron a la plaza del mercado, donde había mucha gente que compraba ó vendía.

Todos se inclinaban humildemente ante el temido Juez y su compañero.

Schwarz se hizo traer dos vasos de vino y presentó uno al Diablo diciéndole:

—Toma, te lo doy.

El Diablo rehusó, sabiendo que no se lo daba de corazón.

Cerca de ellos pasó una labradora condu-

ciendo una vaca, la cual, tirando del cordel, corría de derecha a izquierda y viceversa, y fatigaba de tal manera a la pobre mujer, que ésta, en un acceso de cólera, exclamó:

¡Pícaro animal, que el diablo te lleve!

—¿Oye?—dijo el juez a su infernal compañero.—Toma esa vaca; es tuya.

—No—dijo el Diablo—no ha sido dada seriamente ni de corazón. Si la tomase, esa mujer lo sentiría por mucho tiempo.

Un poco más lejos una madre reprendía a su hijo, y viéndole rebelde a la lección, exclamó con acento irritado:

—¡Que el diablo te lleve!

—Este—dijo el juez—es un niño que te lo dan. Tómalo.

—No,—respondió el Diablo—no me lo dan seriamente ni de corazón. Si lo tomara, esa desgraciada madre no cesaría de llorar mientras viviese.

Schwarz y su acompañante continuaron caminando en medio de la multitud. Encontraron a dos obreros que disputaban con furor. Uno de ellos, después de haber colmado de injurias a su antagonista, le dijo:

—¡Lo único que deseo es que el diablo te lleve!

—Toma ese robusto mozo—dijo el juez—ya ves cómo te lo da.

—¡Ay!—contestó el Diablo.—El que parece dármele le estim: mucho. En este momento la cólera y la embriaguez lo ciegan. Si llegara a perderlo tendría un profundo pesar.

Vieron entonces acercarse a ellos una pobre anciana, cuyos vestidos anunciaban la pobreza, y cuya cara pálida y flaca era muestra inequívoca del hambre que sentía y de las penas que la torturaban.

Detúvose ante el juez y le dijo:

—¡Ojalá te vengan todas las desgracias! Tú eres rico, yo soy pobre, y me has quitado la única vaca que tenía y que era mi último recurso. No te había hecho ningún mal y me has reducido sin piedad a la más espantosa miseria. Invoco la justicia del cielo. Le pido que castigue tus iniquidades. ¡Le pido que el diablo te lleve en cuerpo y alma a los profundos infiernos!

—¡Ah!—dijo el Diablo dirigiéndose al juez.—Esta vez se ha hablado con toda seriedad, se ha manifestado un deseo que parte del corazón. Tomo lo que con tan buena voluntad se me ha dado.

Y el Diablo, al pronunciar estas palabras, clavó sus garras en el pescuezo del juez y desapareció con su presa.

JAVIER MAMIER.

Medio mutis

Sagasta nos ha demostrado últimamente que no pierde sus facultades de cómico consumado. Al poner en escena la bufonada trágico-ridículo-biliosa, «Mi retirada», hizo un *medio mutis* admirable. Aparentó con verosimilitud portentosa que se marchaba, y al llegar a la puerta, dió una media vuelta y se quedó... con nosotros como de costumbre.

Moret, Silvela, Romero, Maura y otros actores de la política española cesaron en sus aplausos. En cambio, Merino, Amós Salvador, Rodríguez y demás familia del presidente, que forman desinteresadamente la *clac* del Viejo Pastor, aplaudieron hasta hincharse las manos el *medio mutis* de don Práxedes.

¡Oh ilustres racionistas elevados por la fuerza de vela del jefe de familia a primeros actores, me enternece vuestro agradecimiento!

¡Hasta Merino, que en opinión de envidiosos es un *apreciable albaricogue*, llegará a ministro de la Corona!

¡Adelante, arrisado leonés y que se *chinchon* los que te zahieren!... ¡para tí es el mundo, y los honores, y la gloria y...!

puntos suspensivos, más vale callar.

como cantaban en una antigua revista cómica.

Yo siento que don Práxedes no se haya ido de verdad. Se pierde la gran ovación. Tengo noticias que su marcha iba a resultar triunfal é imponente. Sé de varios arcos que iban a levantarse. Uno, monumental, simulando un enorme cerdo de los yanquis a su amigo en la paz y en la guerra. Otro formado con bananas, plátanos y piñas de los cubanos, agradecidos. Otro de bambú, de los filipinos al castillo de más *tupé* de los tiempos presentes y otro con rosas y banderas rojas, pagado por los descendientes de los sargentos fusilados en cierta ocasión.

El entusiasmo prometía ser delirante. Entre los vitores y aclamaciones de los políticos en activo servicio resonarían las alegres notas del himno de Riego, y voceros públicos, desde tribunas al aire libre, recitarían los discursos del señor Sagasta, modelos de elocuencia, profundidad y buena fé.

¡Ah señores, qué espectáculo!

¿Por qué no se retira usted, señor Sagasta? Usted que ha sido un sabio para aprovechar las circunstancias, ¿no comprende que este es el punto y hora de su retirada?